ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

¿PARA QUÉ?

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA Y FERNANDO PIÑANA

música del

MAESTRO VIVIANI

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1896



¿PARA QUÉ?

¿PARA QUÉ?

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA Y FERNANDO PIÑANA

música del

MAESTRO VIVIANI

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 23 de Marzo de 1896,
en el beneficio de la Srta. D.ª Juana Martínez



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	SRTA.	MARTÍNEZ (J.).
TEODORA		MARTÍNEZ (C.).
JULIÁN	SR.	BALAGUER.
EMILITO (niño de ocho ó diez años)	SRTA.	MARTÍNEZ (M.).

ADVERTENCIA Á LAS EMPRESAS.—Esta obra devengará los derechos fijados á las comedias en un acto.

La música del juguete se pedirá á la Administración de los Sres. Hijos de E. Hidalgo.

ACTO UNICO

Habitación pobremente amueblada. Puerta al foro que se supone da á un pasillo de casa de vecindad. A la derecha, una ventana; á la izquierda, dos puertas. Sillas de paja y una mesa en el centro. En el fondo, á la derecha, una cómoda y sobre ella varios libros.

ESCENA PRIMERA

TEODORA y JULIÁN

TEOD. Si no le hablo de otra cosa y voy creyendo que es el peor sistema que podíamos haber adoptado.

JUL. Pues yo no veo otro. Por mi parte me presento enamorado hasta la punta de los pelos. No sé querer más, ni hacer más, ni expresar más.

TEOD. Ni yo. Me paso todo el día diciéndola que debe casarse con usted. ¡Y qué cosas le digo! El señorito Julián es guapo, pero muy guapo.

JUL. Muchas gracias.

TEOD. Pues á mí no me lo parece.

JUL. Retiro las gracias.

TEOD. Esto lo dice ella. Yo entonces insisto y hago el retrato de usted, ¡y si viera cómo le favorezco! Es muy formal, muy simpático.

JUL. ¿Eso quién lo dice?

TEOD. Yo, siempre yo; y ella me escucha indiferente. Dice que en el mundo no ha conocido más que un hombre bueno; su pa-

dre. ¡Y la verdad es que la pobrecilla tiene razón! ¡Si viera usted los desengaños que nos dieron aquellos inglesotes de Nueva York y aquellos criollos de la Habana!...

JUL. Como si lo viera.

TEOD. Mientras su padre, mi señor, fué rico... ¡cuántos pretendientes, cuántos agasajos!... pero vino la maldita guerra, y con ellos la quiebra, y todos nos volvieron la espalda.

JUL. ¿Y por qué ha de comparar á aquellos conmigo?

TEOD. Mire usted, señorito Julián; ¿quiere usted que le diga con franqueza qué defecto tiene usted para que la señorita Mary no le quiera?

JUL. Sí, dímelo y trataré de corregirme.

TEOD. Pues, que es usted rico.

JUL. ¡Caramba! ¿Y eso lo considera defecto? Yo diría que es exceso. Pues, mira, no me atrevo á corregirme.

TEOD. Fué siempre muy rara mi pobre niña. Como se ha educado sin madre, y ha vivido en países tan distintos, ha resultado una mezcla de mil demonios.

JUL. ¡Ay, no; una mezcla deliciosa!

TEOD. Y todas sus rarezas no valen nada comparadas con la última. Mire usted que la idea es endiablada; sostener que es un desatino casarse...

JUL. Con otro que no fuera yo, lo sería mayúsculo.

TEOD. Ni con usted, ni con el Nuncio.

JUL. Lo que es con el Nuncio, imposible.

TEOD. Es un decir.

JUL. ¿Y por qué llama desatino al matrimonio?

TEOD. Vera usted. Yo no sé explicarme como ella, pero en resumen, lo que viene á decir es, que si ella se casa tiene que ser igual á su marido, pero igual en todo.

JUL. ¡Un poco difícil es eso!

TEOD. Hasta en fortuna, y como la quiebra del señor la dejó sin una peseta y usted es muy rico, ahí está.

JUL. Pues yo no puedo consentir que viva casi

en la miseria la hija del más íntimo amigo de mi padre.

TEOD. Me parece que oigo ruido en la alcoba; debe estar levantándose: hábleme usted de otra cosa, porque si se entera de nuestra conversación...

ESCENA II

DICHOS y MARÍA

MAR. (Dentro.) ¡Teodora!

TEOD. ¿Qué quieres, niña?

MAR. (Saliendo.) ¿Con quién diablos estás hablando? ¡Ah, Julián! ¿Has venido á interrumpir mi siesta?

JUL. He venido á verte, perezosa.

MAR. ¿Tienes algo que decirme?

JUL. Muchas cosas te diría, pero como ya te las he dicho repetidas veces y me oyes como el que oye llover...

MAR. ¡Estás equivocado; siempre te oigo con gusto, hasta cuando dices tonterías! He de consultar contigo un proyecto, pero con una condición; que olvides que soy mujer y me trates como á un amigo.

JUL. Te trataré como á una amiga, porque olvidar que eres mujer y bonita...

MAR. ¿Ves como dices tonterías? ¡No puedes estar al lado de una mujer sin echarla flores!

JUL. ¡Si lo hiciera sería un necio! ¿Crees posible adorar á Dios sin echarle incienso?

MAR. Te salió muy bien la frase; por esta vez te perdono.

TEOD. ¡Vaya si es bonito eso!

MAR. ¡Aplaude tú también y ya tenemos incienso para rato!

JUL. No; apago el incensario y me dispongo á oirte y á contestarte como si hablase con un magistrado del Supremo.

MAR. En seguida voy á entrar en materia; espera... Teodora, tengo un poco de hambre: ¿tienes algo que darme?

TEOD. En casa no, pero... saldré... compraré algo y en seguida comeremos.

MAR. Anda, date prisa.

TEOD. ¿Y les voy á dejar á ustedes solos?

JUL. No; yo me marcharé...

MAR. ¿Por qué? ¿Eres acaso algún coco? ¿Me vas á comer?

TEOD. No, niña, pero en España...

MAR. ¡Eh! ¡Déjame de tonterías!... Aquí y en todas partes, yo haré siempre lo que deba, y siempre estará bien hecho; conque vete y vuelve pronto.

JUL. (¡Encantadora!)

TEOD. (Suspirando.) ¡Ay, qué genio! Voy á ponerme el mantón. (Entra Teodora puerta izquierda y transcurrido un momento cruza la escena y sale por el foro.)

ESCENA III

MARIA y JULIÁN

MAR. Ea; siéntate en esa silla y escúchame.

JUL. Me siento, pero te suplico que antes de que escuche, me dejes hablar. ¡María; yo te quiero con toda el alma!

MAR. Julián: yo también te quiero, no sé si con toda ó con un pedacito. ¿Pero, á qué viene eso?

JUL. Como te quiero y te requiero, no puedo consentir que vivas como vives.

MAR. ¿Y cómo vivo?

JUL. ¡Muy mal! ¡casi en la miseria!

MAR. Pues precisamente de eso quería hablarte. Yo no puedo seguir así.

JUL. ¿Al fin te convences de que debes casarte conmigo?

MAR. De que debo trabajar.

JUL. ¡Eres una ingrata y estás loca!

MAR. Felizmente recibí una educación que me permitirá vivir de mi inteligencia.

JUL. Ya adivino tu pensamiento; ¿quieres dedi-

carte á institutriz?... ¡Bonito genio tienes para desasnar chicuelos!

MAR. ¿Soy acaso algún ogro?

JUL. Una locuela; y no servirás para nada como no sea para casarte conmigo. Desengáñate; la misión de la mujer es esa; amar y ser amada. Ser muy mujercita de su casa, adorar á su marido y...

MAR. (Interrumpiéndole con enfado.) ¡Cuidar del puchero, remendar los calcetines!... ¡Qué ideas tan rancias tienes y además de rancias, ofensivas! Tú, como muchos, crees que la mujer es un ser inferior...

JUL. ¡Eh!... no es eso.

MAR. Has lastimado mi amor propio, y hoy, más que nunca, tengo empeño en probar que puedo bastarme á mí misma.

JUL. Y te saldrás con tu empeño, pero no creas que yo cejaré en el mío. ¿Qué vas á hacerte? ¿Institutriz? ¡Me convierto en párvulo! ¿Telefonista? Me abono á diez aparatos y todo el día te estoy llamando... tirín, tirín... ¿Quién llama?... la señorita María ..

MAR. Y yo cortaré la comunicación.

JUL. ¡Ah! ¿Luego he acertado? ¿Es eso á lo que piensas dedicarte?

MAR. ¡Qué sé yo!... Todavía no lo he decidido... Lo que más me seduce es el arte. ¿Crees que sirvo para artista de canto?

JUL. Por ese camino sí que me va á ser difícil seguirte. No me encuentro con fuerzas para ser *divo* honorario.

MAR. Habla alguna vez con seriedad; dime tu opinión lealmente.

JUL. ¿Cómo quieres que juzgue? Es como si me preguntaras si un melón es bueno, antes de calarlo.

MAR. ¡Gracias por la comparación!

JUL. Es verdad: dije una melonada, pero ya has comprendido mi idea.

MAR. Sí... ¡y me someto á la prueba! Voy á imaginarme que ahí hay un público numeroso... á ver si me atrevo á cantar... ¿Qué cantaré?... ¡Ah!... ya; lo que mejor sé es el dúo del *Fausto*.

JUL. ¿Vas á cantar un duo tú sola?

MAR. ¡Es verdad!... Se me ocurre una idea; tú puedes hacerme la figura.

JUL. ¿La triste figura?

MAR. ¿Tarareas algo?

JUL. (Cantando.) *La vicina é un po matura, la vicina é un po matura.*

MAR. ¡No hombre; eso es del diablo! ¿No sabes nada de la parte de tenor?

JUL. Empieza; yo te seguiré hasta que vengan los vecinos y me maten.

MAR. Ea... á la una... ¿Por dónde empezaremos?

JUL. A mí lo mismo me da...

MAR. Todo el dúo es muy largo. Ya sé, por aquello de...

Música

Ti voglio amar.
Idolatrar parla ancora,
io tua saro, si morir
voglio per té morir.

(Al terminar la música Julián se da tres ó cuatro besos muy sonoros en la mano. Durante la música debe parodiar los movimientos de los tenores de ópera.)

Hablado

MAR. ¿Qué es eso?

JUL. Lo mejor que hago del dúo y que tanto asusta á Margarita.

MAR. Por eso lo he suprimido, porque no estoy para sustos. (Dejándose caer en una silla.) ¡Ay! estoy cansadísima!

JUL. ¡Y yo, tan fresco! ¿lo ves? (Riéndose.) ¡no puedes con tu alma! Dios te ha hecho artista; ha puesto en esa cabecita, talento; y en esa garganta, notas de ruiseñor, pero tu arte es tan sublime, que te ha negado facultades para que comercies con él; canta, te ha dicho, canta el amor, pero no recrees oídos indiferentes.

MAR. ¡Muy bonito! Eso lo has leido en alguna novela por entregas.

JUL. Lo he leído aquí, en el corazón.

MAR. ¡Jesús, hijo, qué cursi eres!

JUL. Lo que quieras. ¿Pero es ó no verdad lo que digo? ¿Te crees con alientos para cantar una ópera?

MAR. (Con enfado.) ¡Lo que creo es que eres un impertinente!

JUL. ¿Te molesto?

MAR. ¡Sí! ¿No lo has entendido?

JUL. ¡Cómo me gusta esa franqueza norte-americana! ¿De veras quieres que me vaya?

MAR. ¡Déjame sola, te lo suplico!

JUL. Bueno, me voy; pero te advierto que volveré. (Vase foro.)

MAR. ¡Ay, gracias á Dios!

ESCENA IV

MARIA

Tiene razón; me hice ilusiones, y hay que desengañarse, no sirvo para artista de ópera italiana; y ello es que á algo he de dedicarme. Yo sé muchas cosas, pero de utilidad... En el colegio me enseñaron gramática, geografía, aritmética, hablo tres idiomas... ¡Ah, tonta de mí! Estos conocimientos son dinero. Debo dedicarme á transmitirlos. ¿Hay nada más hermoso que abrir los ojos de la inteligencia? Primero daré lecciones particulares, y cuando ya tenga reunido algún dinero, fundaré un colegio. (Se sienta junto á la mesa, imaginándose que es una maestra.) Ya me veo rodeada de cuarenta ó cincuenta chiquillas. Aquí una de cabellos rubios como el oro; junto á ella, una morenilla de negro y ensortijado pelo y aspecto de diablillo. La de acá, regordeta y sonrosada; esta otra pálida y lánguida, y todas charlando como pajarillos que pían contentos por la alegría de vivir. ¡Silencio! digo yo. (Da una palmada sobre la mesa.) Ocupen ustedes sus puestos. Vamos á dar la lección de Historia Sagrada... (Con ex-

tremada seriedad.) Quedé ayer en referiros la historia de José. Era éste hijo de Jacob, y siendo muchacho apacentaba el ganado, juntamente con sus hermanos. (Cambiando de tono.) A ver: estese usted quieta. (Imitando la voz de una niña.) ¡Si yo no hacía nada, señora! ¡Era Juanita que me daba un pellizco! (Con otra voz.) ¡No, señora; era ella que me hacía cosquillas! Bueno, póngase usted de rodillas y en cruz. (Se levanta.) ¡Eh! ¿A dónde vas, loca imaginación? Apenas he concebido el proyecto, y ya... Indudablemente, para esto sirvo; ¡estoy loca de entusiasmo! Necesito probar mis aptitudes pedagógicas. ¿Pero con quién? ¡Ah, ya sé! Emilito, el chico de la portera. (Sale á la escalera y llama.) ¡Emilito! ¡Emilito!

VOZ (Dentro.) ¿Qué quiere usted, señorita?

MAR. Sube en seguida. (Volviendo á escena.) El chiquillo es muy listo y despierto. Lo principal es que yo tenga la suficiente paciencia.

ESCENA V

MARIA y EMILITO

EMIL. ¿Qué me manda usted, señorita María?

MAR. Mandarte, nada. Oye: ¿tú vas á la escuela?

EMIL. Sí, señora; pero como hoy es jueves...

MAR. ¿Sabes leer?

EMIL. ¡Anda, anda; si paso ya siete libros!

MAR. ¿Siete?

EMIL. El amigo de los niños, el Epítome, el Fleuri, Historia de España, la tabla de dividir...

MAR. ¡Pues dí que eres un sabio! Mira, Emilito: hoy voy á ser yo tu maestra; voy á tomarte las lecciones.

EMIL. Ya me las ha tomado el pasante, y no he hecho más que cinco puntos en gramática.

MAR. Perfectamente; pues empezaremos por la gramática; conjuga el presente de indicativo del verbo amar.

EMIL. El presente de indicativo... El presente de indicativo... Empiece usted.

MAR. Yo amo.

EMIL. Yo amo, tú amas, él ama. Plural: nosotros amamos, vosotros amais, ellos aman. (Con el tonito de los niños.)

MAR. Bien, basta; sí lo sabes. Ahora lo mismo del verbo cocer.

EMIL. Yo cozo, tú coces...

MAR. No, hijo, no.

EMIL. Yo cuezco, tú cuezques...

MAR. Tampoco.

EMIL. ¡Ah, sí! Yo coceo...

MAR. ¡Eso es lo que haces, borrico! (Incomodada.) ¡Si en todo estás lo mismo! ..

EMIL. Pues en gramática soy el primero.

MAR. ¡El último estará adelantadito! Vamos á ver cómo lees. (Coge un libro de los que están sobre la cómoda.) La Historia de España; toma, aquí mismo. (Señalándole un párrafo.)

EMIL. (Leyendo.) «En la batalla de Pravia...»

MAR. Pavía; lee bien.

EMIL. «Pavía, que fué ganada por Carlos *Y* de España y *usted* de Alemania...»

MAR. ¡Qué disparate! Carlos I de España y V de Alemania.

EMIL. Pues aquí dice usted...

MAR. Esos son números romanos, tonto.

EMIL. Es que yo no sé romano.

MAR. ¡Ni romano ni nada! ¡Vaya una enseñanza que te dan en la escuela!

EMIL. ¿Y á usted qué le importa?

MAR. ¡Hola! ¿También desvergonzado? ¡Quítate, quítate de mi vista, porque si no!...

EMIL. (Llorando muy fuertemente.) Jí, jí... ¿Y para esto me ha llamado usted? (Sigue llorando.)

MAR. No llores; eso me irrita los nervios...

EMIL. ¡Ay, ay!... ¡Madre, madre!...

MAR. ¡Jesús! ¿Estoy loca? Ven acá, hijo mío, no llores; si yo no quiero hacerte nada... (¿Qué le daría yo para que callase?...)

EMIL. ¡Madre, madre! . (Gimoteando)

MAR. ¡Sí, vete, vete con tu madre!... (Vase Emilito llorando; desde la puerta hace una mueca, como burlándose de María.) ¡Bien salió la prueba!

ESCENA VI

MARÍA y TEODORA, por la puerta del foro

TEOD. ¿Qué haces? El chico de la portera salía de aquí llorando como un becerro. ¿No me contestas? ¿Estás hablando sola?

MAR. Sí, sola... ¿Con quién he de hablar?... ¡Creí que no pensabas volver en todo el día!

TEOD. Hija mía, no he podido correr más.

MAR. ¡Para traer cualquier cosa, me parece que podías haber despachado en cinco minutos!

TEOD. Si no hubiera tenido que hacer más que comprarlo, desde luego; pero, ¿y el dinero, dónde estaba?

MAR. ¿El dinero?

TEOD. ¡Sí, hija mía, sí; no tenía un cuarto, y ya no quieren fiarme en la tienda!

MAR. ¡Pobre amita mía!

TEOD. ¡Y tan pobre! Pero, mira, aun conservaba aquellos pendientes que me regaló tu padre.

MAR. ¿Tan angustiosa es nuestra situación?

TEOD. No puede serlo más: y como no te decidas...

MAR. Ya estoy decidida.

TEOD. (Con alegría.) ¿A casarte con el señorito Julián?

MAR. No; á trabajar. ¿Qué es preciso para ganarse la vida? ¿Arrancar adoquines con los dientes? ¡Los arrancaré!

TEOD. Mary, hijita mía, al fin hallaremos remedio. ¡Yo tengo la culpa de todo!

MAR. ¿Tú?

TEOD. Yo, sí, por enterarte de cosas que debías ignorar.

MAR. ¡Pobre mamita mía, qué disgustos te da mi alborotado genio!... Perdóname, ó, por mejor decir, perdona mis nervios... ¿Sabes quién tiene la culpa de estas crisis?... ¡En este momento la debilidad! Sí, Teodorita; tengo un hambre!...

TEOD. Y yo también. ¡Cuando el estómago está

vacío, hasta las que fuimos amas de cría nos sentimos poetisas!

MAR. Teodora, ¿sabes que vas echando mucho talento?

TEOD. Es que hace veintidós años que vivo contigo.

MAR. ¡Jesús! Desde hoy no te voy á llamar Teodora, sino Madame Sevigné. Oye, Madame Sevigné, vé á la cocina y tráeme algo de comer.

TEOD. En seguida; voy á hacerte unas chuletas á la *papillote*.

MAR. Vamos, las aficiones literarias se confirman; chuletas en sobre.

TEOD. ¡Verás qué ricas te saben! ¡Hasta el sobre vas á comerte! (Vase.)

ESCENA VII

MARÍA, sola

¡Pobre ama mía, qué buena es! Ahora más que nunca se arraiga mi empeño en dedicarme á algo... El género trágico pasó ya de moda. No puedo ser más que artista de canto, pero de género ligero; algo así como Madame Judit, la Jeanne Granier... ó cualquiera de las que aquí dicen que ganan mucho... Yo sé cantar canciones españolas, *couplets*... Este, éste es el camino que debo seguir. ¡Ea, vamos á la última prueba! Hoy no hay zarzuelita española sin *couplet*... Ensayemos uno.

ESCENA VIII

MARÍA, JULIÁN. luego TEODORA

Música

Je vennais d'entrer dans ma chambre
minuit finissait de sonner.
Et sons la bise de decembre,

je sentais mon coeur frissonner.
Quand sondain prés de ma porte
j'entendis comm'un leger bruit.
¡Tan, tan, tan!
¿Qui va la?
Qui va la dis je presque morte
quand une voix me repondit,
je suis l'amour, mademoiselle,
je suis ce soir sans logis
ouvrez moi vite car el gêle.
¡Oú, la lá!
(Se extremece como si tuviera frio.)
Et dejá le bout de mon aile,
est tout transi, mademoiselle.

—

Une soir chaleureuse de Septembre
je sentais mon cœur defaillir,
le chaleur qui faisait dans ma chambre
mon jardin m'obligea a parcourrir.
Quand soudain prés d'un rosier
j'entendis comm'un leger bruit.
¡Pst! ¡Pst!
¿Qui va lá?
Qui va lá dis je presque morte
quand une voix me repondit:
Je suis l'amour, mademoiselle,
je viens t'offrir le paradis.
Ouvrez moi vite votre cœur,
¡Ja, ja, ja!
Et vous verrez que le bonheur
est dans l'amour, mademoiselle.
(Al concluir de cantar María el couplet, Julián, que ha oído los últimos versos, aparece en la puerta del foro y golpea con los nudillos sobre ella.)

Hablado

MAR. ¡Ay, quién anda ahí!
JUL. (Cantando.) Tan, tan...
Je suis l'amour, mademoiselle,
je suis ce soir sans logis
ouvrez moi vite car il gele.

MAR. ¡Qué susto me has dado! Entra, que las puertas están abiertas de par en par.

JUL. Entro. ¿Pero dime, para quién están abiertas, para mí ó para el amorcillo de la canción?

MAR. Para tí solo.

JUL. Es que yo vengo con amor.

MAR. Pues dile que se retire, ó si no, vete con él.

JUL. ¿Sabes la segunda parte de ese *couplet*?

MAR. No la tiene.

JUL. Sí la tiene. El amor siguió diciendo, tan, tan; y por fin *mademoiselle* abrió.

TEOD. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Pobre angelito, que se muere! ¡Qué desgracia!

MAR. ¿Qué es eso?

TEOD. El niño de Asunción, la lavandera, que se ha puesto muy malo.

MAR. ¡Ay, pobre mujer!... Ven. Teodora, ven conmigo. (Vanse las dos.)

ESCENA IX

JULIÁN, después TEODORA

JUL. ¿Qué ocurrirá? (Yendo á la puerta.) Sólo se oyen voces femeninas... ¡Qué manera de llorar!... ¡Pobre María, tener que vivir...

TEOD. (Entrando.) ¡Jesús, qué miserias hay en el mundo! ¡Pobre criaturita! ¡Se muere, se muere!

JUL. ¿Quién?

TEOD. El niño...

JUL. ¿Pero qué niño?

TEOD. ¡El de la Asunción! Una vecina de aquí al lado, á cuyo hijo le ha dado un ataque, un accidente... ¡qué se yo!... pero está como muerto, y ¡qué miseria tan horrible! Si viera usted que casa... ¡Pobrecito!... Se va á morir y yo creo que su enfermedad es hambre, ¡hambre nada más!

JUL. ¡Qué dices!...

TEOD. ¡Vaya usted en busca de un médico, señorito!

JUL. Voy corriendo. (Sale precipitadamente. Teodora sigue hablando en la misma puerta.)

ESCENA X

TEODORA, después MARÍA

TEOD. Al doblar la segunda esquina á la derecha está la Casa de Socorro... Dese usted prisa...

MAR. (Entrando precipitadamente.) ¡Ama, corre, vé á la botica y trae éter, unos sinapismos, algo, un remedio! ¡El pobre chiquitín no vuelve en sí!... ¿Qué haces? ¡Anda, mujer!

TEOD. ¡Pero, Mary! ¿Tú crees que en la botica me van á dar esas cosas por mi linda cara?

MAR. ¡Y vamos á dejar que el niño se muera!

TEOD. ¿Qué remedio vamos á poner nosotras?

MAR. ¡Oh! ¡Maldito sea el dinero!

TEOD. No, hija, bendito... Si lo tuviéramos...

MAR. ¡Ama, coge cualquier cosa y véndela!

TEOD. ¡Pero qué voy á vender, si estamos más pobres que las ratas!

MAR. ¡Algo!... ¡Qué sé yo!... Los colchones, las cacerolas, los...

TEOD. Pero niña, mira que la caridad bien entendida...

MAR. ¡Empieza por ser caridad! ¡Obedéceme! (Muy incomodada.)

TEOD. Si supiera que había de encontrar, buscaría; pero si no tenemos para nosotras, cómo hemos de dar...

MAR. Pues ese es el mérito ¡Dar, cuando se tiene de sobra, no es virtud! ¡Ah! ya sé! (Entra en la alcoba.)

TEOD. Pero, ¿dónde vas?... ¡Qué hermoso corazón tiene!

MAR. (Sale de la alcoba con un abrigo que entrega á Teodora.) Toma mi abrigo. Ahora es verano. Que te dé el prestamista lo que quiera.

TEOD. ¡Jesús me valga! Esto es desnudar á un santo...

MAR. No murmures; anda, mujer, anda...

TEOD. ¡Pero, niña, esto es una locura!

MAR. ¡Ay, qué desesperación! (Se dirige hacia la puerta.) ¡Chist! ¡Calla! Me parece haber oido... No, no se oye nada... No me atrevo á volver... ¿Quién se presenta sin llevar algún consuelo? ¡Al pobre le es á veces difícil hasta hacer el bien!... ¿Pero no vas, Teodora?

TEOD. ¡Ya voy, mujer, ya voy!

ESCENA XI

DICHAS y JULIÁN

JUL. (Entra por el foro, llevando en brazos un niño en mantillas) ¡Rico! ¡Monín!

TEOD. ¡Anda! ¡Pues si es el chiquíllo que quería morirse!

JUL. ¡Agito, agito al nene!... ¡Pobre chiquitín!... ¡Ya se le pasó el soponcio!... ¡Si no era nada!

MAR. ¡Julián!

JUL. ¡Sí, hija, sí; convertido en niñero! ¡Por este mamoncillo me dí una carrera que por poco me ahogo! Le llevé á la casa de socorro... El médico le dió unos azotes como primera providencia, y le recetó después que cambie los viverones maternos por los de una robusta montañesa. Yo le buscaré la receta; sí, señor, y... ¡cómo te vas á poner! ¡Qué festines, picaruelo!

TEOD. (Riendo.) ¡Qué gracioso; si parece que toda su vida no ha hecho otra cosa!

JUL. No lo he hecho nunca, pero es que yo, aunque no lo parezca, tengo corazón. (Volviéndose á María.) María; tú hace tiempo que estás tratando de averiguar para qué sirves; yo ya lo he descubierto.

MAR. ¡Julián... dame tu mano!

JUL. En este momento me es imposible. ¡Si te la doy dejo caer al chico!

MAR. (Quitándole el niño.) Dame el niño; por este angelito he comprendido lo que vales...

JUL. María, ¡para eso, para eso sirves!

MAR. Sí, para esto, y...

JUL. Para que yo te quiera con toda mi alma...

JUL. ¡Teodora!

TEOD. ¿Qué quiere usted?

JUL. (Haciendo que Teodora coja el niño.) Ten el muñeco, que María y yo tenemos que ensayar un duo.

MAR. ¿Otro?

JUL. El mismo; el que será el duo de toda nuestra vida.

Música

«*Dami ancor, dami ancor,*»
contemplar il tuo viso, etc.

FIN DEL JUGUETE

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.